

BIBLIOTECA CANARIA

POETAS ISLEÑOS

075

ANTONIO ZEROLO

Los últimos líricos, por L. R.

Notas biográficas

(Algunas poesías del celebrado vate)



LIBRERÍA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

POETAS ISLENOS

ANTONIO ZEROLO

**"Los últimos líricos", por L. R.
Notas biográficas**

(Algunas poesías del celebrado vate)



LIBRERÍA HESPERIDES,—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Los últimos líricos

Año de 1923. Comienzo de una etapa lucu-
tuosa para las letras tinerfeñas. El derrum-
be de toda una tradición intelectual, la de
aquella pléyade de escritores y poetas que
tanto enaltecíó a nuestra tierra; Ossuna, Ta-
bares Bartlett, Zerolo, Guillermo Perera, Es-
tévez, Beyro, Cabrera Pinto, Alonso del
Castillo, Manrique... ¡Todos desaparecidos
en el transcurso de un lustro, con cortos in-
tervalos, como si se hubiesen dado cita para
el triste desfile, como si una mano aleva se
los llevase de reata, uno tras otro, en fúne-
bre y doloroso cortejo! ¡Y todos ellos como
tocados del mismo sino fatal, con el mismo
presentimiento de su Destino!

Ningún temor me asalta ante el misterio
profundo del morir.

¿Acaso de ilusiones, cementerio
no es siempre el porvenir?
decía Guillermo Perera en sentidas rimas.
Y clamaba luego Zerolo, acongojado por la
muerte de Tabares Bartlett, su fraterno co-
lega:

Cantor glorioso de la patria mía,
lágrimas son de sangre las que vierto;
de mi vida en el árido desierto
sólo sepulcros miro. Una elegía
bella, inspirada, a componer no acierto.
Tú ya descansas, adorado muerto,
pero yo vivo y sufro todavía...

Uno más en mi lista funeraria.
¿Quién cantará las glorias de Nivaria,
su cielo azul y su verdor lozano?...
La muerte inexorable no respeta
ni al genio creador. ¡Adiós, poeta,
hasta la eternidad, amigo, hermano!

Y el poeta, atormentado de dudas y fa-
tigas, seducido por el misterio del más allá,
vió al poco realizado su afán de reposo, y
aquel su deseo de que arrullaran su sueño,
en el remanso de la Vega,

los pinos que coronan la montaña
y el mar de Atlante que meció su cuna.

Enmudecieron, pues, las liras más sonoras
del pequeño Parnaso isleño, y dejáronse de
oir sus acentos en nuestros fastos literarios.

X

¡Zero! Símbolo, caudillo, cantor excelso
de la raza, su nombre va unido a toda la his-
toria—triunfos, alegrías y duelos—de una de
las generaciones que más profunda huella de-
jara en la cultura y la ciudadanía del país.
¡Cómo se desbordaba el entusiasmo de las
multitudes ante los arrebatos sentimentales
del poeta! ¡Qué férvida pasión en aquellos
cantos a la patria, al terruño y a sus héroes!
¿Quién no recuerda sus estrofas?

Desde la cumbre bravía
hasta el mar que nos abraza,
todo es luz y poesía.

¡No hay tierra como la mía
ni raza como mi raza!

... ..

¡Ay de mis islas!, que van
a ser botín de la guerra.
Si amenazadas están,
¿para qué quiere el volcán
la hirviente lava que encierra?

¿Y quién no recuerda aquel cuento del pa-
jarillo muerto en la jornada del 25 de Julio;
feliz exaltación de nuestra amada y gloriosa
bandera?

Tinto en sangre, cara al sol,
aquel rey de los cantores,
mostraba los dos colores
del estandarte español...

Así, de efemérides en efemérides, de pue-
blo en pueblo—¡cuenta años pulsando el
sonoro laúd!—hasta agotarse aquel raudal co-
pioso de su inspiración. Llama que se apagó
entre las sombras y el silencio de su retiro,
testigo de tantos afanes de gloria.

¡Qué triste y dolorosa renunciación la del
poeta viendo entenebrecerse aquel cielo ale-
gre y riente de su Vega «en la tarde otoñal,
lluviosa y fría!» ¡Y qué dolorido acento en
sus palabras!

Noches de amor y días de plácida ventura,
visiones, panoramas espléndidos, pasad
como apiñadas nubes en la celeste altura:
Mi conturbado espíritu ansía olvido y paz.

Conservamos la última carta del poeta, denegándonos unos versos que le pedíamos. «Me encuentro en cama, decía, con un terrible ataque de neurastenia. No estoy para nada. Quisiera morirme. Quiero permanecer arrinconado en el olvido. No es que no quiera, sino que no puedo. Más adelante, más adelante, cuando me entone algo, si es que me entono. ¡Sabe Dios lo que sufro al darte esta negativa! Pero en esta disposición de ánimo no puedo hacer nada, ni coger la pluma. Otro más, otro más digno.»

Y murió, limpio de toda culpa, orgulloso de su pobreza, sereno y resignado. Tal como nos lo decía en uno de sus sonetos:

Quiero morir en paz con mi conciencia,
sin haber en el vicio encenagado
el apellido humilde, pero honrado,
que recibí como sagrada herencia.
Cuando se cumpla la mortal sentencia,
quiero estar de los míos rodeado,
valeroso y sereno, cual soldado
que luchó por el Arte y por la Ciencia.

X.

Los ruisñores se fueron. En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño. La Muerte los fué cubriendo con crespones de luto. Se marcharon, uno tras otro, nuestros últimos líricos, y ahora duermen su sueño de gloria a la sombra de los viejos sauces laguneros.

Recordemos las palabras de Heine: «La naturaleza previsora, crea para cada generación estadistas y poetas. El pueblo necesitará siempre un gobernante que lo enfrene y un ilusionador que lo exalte.»

Estos «ilusionadores» los perdimos, pero nos queda el recuerdo de sus jornadas triunfales. ¡Y rosas aún en la Vega para deshojarlas en sus tumbas!

LEONCIO RODRIGUEZ

.Notas biográficas

Don Antonio Zerolo fué el poeta isleño por antonomasia; el cantor más exaltado y ferviente que ha tenido nuestra tierra. Su genio y su inspiración inagotables esmaltaron de pensamientos y sonidos, pregonados en el clarín tremante de su verbo, todos los bellos motivos, ora fuertes y arrebatados, ora apacibles y tranquilos, que atesora el alma isleña.

Nació el ilustre vate en la ciudad de Arrecife (Lanzarote), en el mes de febrero de 1854.

A los 14 años escribió, leyó y publicó su primera poesía, dedicada a Cervantes. El entusiasmo súbito e insospechado que produjo su lectura en el Gabinete Instructivo; los halagüeños y sabrosos comentarios del auditorio selecto y cultivado de la época, y la triun-

fal acogida que lograron sus versos en las revistas de España y América, fueron la iniciación, el punto de partida del poeta hacia la popularidad, la admiración y el respeto de que luego supo rodearse, renovando incesantemente su espíritu y su genio con las más acabadas y exquisitas producciones.

Una serie interminable de triunfos sin precedentes, siguió luego a esa afortunada revelación. En unos Juegos Florales celebrados en Reus, donde nadie le conocía ni se sabía de su nombre, obtuvo la Flor Natural, para su admirable composición «Prim en los Castillejos», canto enardecedor a la victoria que todavía se recuerda con esa emoción vibrante e impaciente de las arengas patrióticas. Allí también se le concedió un primer premio a su oda «El Trabajo». Y, sucesivamente, se vió galardonado con los dos primeros premios en los Juegos Florales de Guadalajara; la Flor Natural y un Primer premio en los de la Orotava—los primeros celebrados en Canarias—para sus bellísimas poesías «Excelsior» y «A Jesucristo»; la Flor Natural y el Gran Premio en otros tres certámenes de la misma índole, verificados en La Laguna, y de los que se conservará, como nobilísima ejecutoria y testimonio inexcusable del gran poe-

ta, su composición titulada «La cueva del rey Bencomo», saturada del más sano y patriótico isleñismo.

También obtuvo las más altas distinciones en el certamen organizado por el Nuevo Liceo de Orotava, en 1888, con su composición dedicada al Valle; en el Concurso de la Sociedad Económica de Amigos del País, con motivo del Centenario de la Conquista, en 1896, por sus dos magistrales poesías tituladas «El Amor» y «Canto al Conquistador», una de las cuales mereció la Flor Natural, y otra el premio otorgado por la Reina Regente.

Entre otros grandes triunfos de nuestro poeta, citaremos el alcanzado con su composición leída en la fiesta literaria organizada para solemnizar la inauguración del cable, en cuyo acto recibió una ovación tan espontánea y clamorosa como jamás se ha vuelto a escuchar entre nosotros; el de su poesía dedicada a Isaac Peral, y leída en una fiesta celebrada en el «Gabinete», el 25 de Julio de 1890, y en la que fué arrebatado materialmente de la tribuna por los marinos del buque de guerra «Vulcano» y el público que asistió al acto, presa de un entusiasmo delirante.

Como estos fueron todos los triunfos de Ze-

rolo; triunfos rotundos, unánimes, verdaderas exaltaciones, apoteosis glorificadoras.

Colaboró asiduamente en la «Revista de Canarias», fundada y dirigida por su ilustre hermano don Elías; en la «Ilustración», «Aguere», «Museo Canario», «Las Novedades», «El Memorandum», «Diario de Tenerife»—fundado por su gran amigo, el insigne periodista don Patricio Estévanez—, y otros muchos periódicos de la Península, América y Canarias.

La excesiva modestia de don Antonio Zerolo, aquella su instintiva y recatada sencillez, fueron causa de que su obra, tan rica y tan múltiple, no se encuentre hoy recopilada en varios tomos, a cuya idea se resistió siempre, no obstante las reiteradas excitaciones que recibía de sus deudos y admiradores.

Se conservan, sin embargo, numerosos folletos editados, no por su voluntad, sino por condición expresa en las bases de todos los concursos y certámenes en que obtuvo el máximo galardón.



Además de un altísimo poeta—el que mayor renombre logró alcanzar en Canarias en la pasada centuria—fué Zerolo un crítico buí-

do y experto, un prosista sobrio y elegante, que dejó huellas imborrables en casi todos los periódicos isleños, y en muchos de España y de América Latina.

A este género pertenecen sus artículos publicados en «Diario de Tenerife», y sus conferencias, trabajos meritísimos, que le valieron gran renombre en la Península. Recordamos, entre ellas, como verdaderos modelos de crítica didáctica la que explicó en el salón de actos del Instituto de La Laguna, sobre el «Teatro antiguo y moderno», y otra que dió en Gijón sobre los «Efectos de imitación mediante el verso».

A propósito de esta última, un diario de aquella ciudad—«El Norte»—consagró a nuestro insigne paisano los siguientes párrafos:

«La conferencia de anoche en la Extensión Universitaria estaba a cargo de don Antonio Zerolo. Don Antonio Zerolo es un temperamento de artista, un enamorado del arte, un rendido y constante servidor suyo, uno de esos espíritus verdaderamente extraños y casi inconcebibles en estos tiempos positivistas que tienen como suprema ley la del tanto por ciento y en los que, como gráficamente dijo el poeta del ensueño:

«Una oda sólo es buena
de un billete de Banco al dorso escrita.»

Este otro aspecto—el de recitador—en el que el gran poeta sobresalió siempre, llegando hasta arrebatarse el ánimo de las multitudes, le valió asimismo una serie ininterrumpida de éxitos, cada vez más rotundos y clamorosos. Aun nos parece escuchar aquella voz suya, clara y vibrante, dúctil en las más variadas y delicadas modulaciones, entonando las quintillas de su valiente «Símbolo», una de sus más felices y aplaudidas concepciones.

Desde los 22 años fué auxiliar de Letras en el Instituto de La Laguna. Su labor fecunda, copiosa, modelo de sacrificio y de generosidad, dejó allí tan profunda y grata huella, que, cuando como premio a su talento y sus desvelos se le nombró catedrático por oposición en el Instituto de Jovellanos, en Gijón, fué día de duelo en aquella ciudad.

Sus compañeros, sus discípulos, el público tinerfeño en masa, con el que convivió estrecha y fraternalmente hasta el año 1904, sintieron su ausencia como si algo muy íntimo y muy querido les hubiera sido arrancado del sagrado de sus afectos.

En Gijón permaneció unos siete años. Y,

cuando satisfecho su ardiente deseo de tornar a Tenerife, entonó a bordo su canto admirable a nuestro Teide, ya en la populosa ciudad del Norte se hacía pública expresión de la pena que a los catedráticos, a los alumnos y a la sociedad entera, causaba la marcha del ilustre catedrático.

De regreso a Tenerife, Zerolo desempeñó nuevamente la cátedra de Lengua y Literatura Castellanas, en la que era, según expresión corriente, un verdadero maestro de maestros.

X

Otra de las más altas y merecidas recompensas que recibió el gran poeta durante su vida de trabajo y sacrificio, fué el nombramiento de académico correspondiente a la Real de la Lengua, que se le otorgó en Junio de 1922, a propuesta de los señores don José Ortega Munilla, don José Rodríguez Carracido y del Secretario, don Emilio Cotarelo, y «mediante votación secreta y unánime, dando así testimonio de apreciar justamente sus conocimientos en lingüística y letras humanas».

También le sirvió de alto estímulo, por ser ello espontáneo y legítimo homenaje a la pureza y honorabilidad de que blasonaba, la ma-

nifestación pública de que se le hizo objeto en las calles de Oviedo, cuando, presidiendo un tribunal de oposiciones al Magisterio—en aquella época en que todavía se cobraba por dietas devengadas—, dió término a sus tareas en 37 días, rindiendo culto, a la vez, a la más depurada y estricta justicia.

El claustro de profesores del Instituto, acordó también, en diversas ocasiones, felicitarle por sus memorias de inauguración de cursos, verdaderas joyas literarias, que hoy constituyen una brillantísima ejecutoria de aquella casa.

x

Fué el poeta un patriota lleno de ardimiento y entusiasmo moceril. Todas cuantas veces fué menester que su verbo flamígero enardciera a las multitudes, iluminando su corazón y su inteligencia, Zerolo acudió a la tribuna y a la plaza, y desde ellas entonó el credo de su isleñismo, de su amor a la región y su idolatría por Tenerife.

«Desde la cumbre bravía
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía.
¡No hay tierra como la mía
ni raza como mi raza!»

Así cantó el poeta un día, y así lo sintió siempre, en lo íntimo de su corazón, y lo practicó allí dondequiera que se encontraba. Fué la voz, el verbo de la raza isleña; el que mejor supo cantarla y enaltecerla, y el que con mayor fortuna logró orientar el sentido de su patriotismo y sus deberes.

De su obra poética

LAS CUMBRES

¡Siempre arriba, siempre arriba!
¡En la cumbre, en las montañas,
donde es el aire más puro
y más bello el panorama;
donde los guanches vivieron
y donde sus sombras vagan...
Si es áspera la pendiente
y negros surcos de lava
serpentean, como signo
de catástrofes pasadas,
¡no importa!, arriba está el premio,
la gloria de la jornada,
el recreo de los ojos,
las azules lontananzas,
los confortantes olores
del poleo y la retama;
la soledad y el silencio
que a nuestro espíritu hablan:
la elocuencia de las cosas,
es la elocuencia más alta.

No merece que en sus venas
circule sangre canaria,
quien no vea en nuestros montes
los altares de la patria.

¡No sé qué atracción ejercen
las alturas en el alma!
Será que de su divino
origen haciendo gala,
quiere subir, remontarse,
y satisfacer sus ansias;
¡ay, la sed de lo infinito
que en la tierra no se apaga!

¡Arriba, bajo los pinos,
que susurran, vibran, cantan,
como gigantescas liras
de múltiples resonancias;
junto a los enormes dragos,
que en sus retorcidas ramas
y en sus troncos corpulentos,
la historia de siglos guardan;
que no se cimbran ni doblan,
y sólo el rayo desgaja;
que clavados en las cimas,
inmóviles como estatuas
parece que están diciendo
a todo invasor: "¡No pasas!".

En verdad, que las alturas
son refugio de las razas,
castillos de independencia
cuando pelagra la patria.

Y así, maltrecha y vencida
en el lago de la Janda,
en Covadonga y Sobrarbe
resurge la noble España.

¡Oh, las eminencias, templos
de la libertad sagrada!
¡Oh, las cumbres, donde anidan
los valientes y las águilas!...
¡Arriba, cerca del Cielo!
Abajo, el mar que nos baña,
la vega de La Laguna,
el valle de la Orotava;
las naves que van y vienen
de Europa, América y África,
con sus penachos de humo
y sus estelas de plata;
las ciudades orgullosas
con las torres que levantan,
sin ver que ante la Natura
todas las torres son bajas.
¡Qué bien el pulmón respira!
¡Cómo la vista se sacia!
Dios ha hecho las alturas
y dió al pensamiento alas,
para que ascendamos siempre.
¡Sea la vida una escala
de robustez para el cuerpo,
de perfección para el alma!...
¡Qué frescura en el ambiente!
¡Qué emoción tan honda y grata!
¡Qué religioso respeto
el ánimo nos embarga!
Desde que subió hasta el Gólgota,
al hombro la cruz pesada,
el humilde Nazareno
¡todas las cumbres son santas!
¡Espectáculo grandioso!
La isla está a nuestras plantas,

tendida como una alfombra,
verde como una esmeralda.

Son los plátanos, el símbolo
de la cultura romana;
de ellos a la sombra, Horacio
sintió del numen la llama,
y compuso sus epístolas
y sus odas y sus sátiras.

No es la ascensión fatigosa,
ni los abismos espantan
a quienes, cual dignos nietos,
oyen la voz legendaria
de los que un día subieron
hasta los Andes y el Atlas.
¿En qué altura no ha flotado
la bandera roja y gualda?...
¡Ojalá, que al blando beso
de las brisas de Nivaria,
por los siglos de los siglos
corone nuestras montañas!

CANTO AL TRABAJO

No hay más que una lucha santa
en la que Dios se recrea,
y es la lucha de la idea
que audaz su vuelo levanta,

sube, asciende en el bendito
cielo de la libertad,
sondea la inmensidad,
y se pierde en lo infinito!...

Sólo una lid se respeta:
la del trabajo constante
que con brazos de gigante
ha transformado el planeta.

La que tras de mil azares,
va con sus golpes potentes
rompiendo los continentes,
y dilatando los mares.

La que tiene, sin verter
la sangre de sus hermanos,
ejércitos de artesanos
en el campo del taller.

Y en el himno que se eleva
del comprimido vapor,
y en el alegre rumor
que el viento en sus alas llevā;

y en el grupo que el cincel
modeló en el mármol puro,
pasma del tiempo futuro
que se humillará ante él;

y en el túnel, cuya boca
de mónstruo, negra y oscura,
se ensancha en la fría y dura
entraña de alguna roca;

y en esos hilos que van
transmitiendo el pensamiento
con más rapidez que el viento
en alas del huracán;

y en la industria, y en las artes
que en la belleza se encienden,
y en las ciencias que sorprenden
la verdad en todas partes,

y en el empleo fecundo
de fuerzas inteligentes,
que en inventos sorprendentes
se traducen en el mundo;

y en todo cuanto se vea,
de bien y dicha atributo,
está del trabajo el fruto.
¡Bendito el trabajo seã!

SÍMBOLO

Atended que va de cuento:
Refiere la tradición
que cuando el ronco cañón
zumbaba, y el firmamento,

y la tierra estremecía,
en la sangrienta jornada
en que dejó demostrada
Santa Cruz su bizzaría,

en la tapia del convento
que el inglés quiso asaltar,
un canario sin cesar
daba sus trinos al viento,

Estaba a la luz del sol
orgulloso el pajarillo
de ostentar el amarillo
del estandarte español;

y cuanto más acudía
la muchedumbre en tropel,
más se desataba él
en torrentes de armonía.

Mientras tanto, oyendo el ruido,
con amorosos anhelos,
la madre, por los polluelos
velaba dentro del nido.

Fué aquel un día de gloria.
En lucha con Inglaterra,
los que cayeron en tierra
revivieron en la historia.

Tenía que suceder...
Una bala de fusil
hizo al pájaro gentil
para siempre enmudecer.

¡Tinto en sangre, cara al sol,
aquel rey de los cantores
mostraba los dos colores
del estandarte español!

—¿Y el nido?—No sé en verdad
lo que fué del pobre nido.
Sólo sé cuán atrevido
luchó por la libertad

el pájaro de mi cuento.
¡Tal vez, los hijos quedaron,
y la victoria cantaron
en las tapias del convento!

La cueva del rey Bencomo

¿Fué sugestión 'del medio o fantasía...?
Yo meditaba en la profunda cueva
Que fué palacio 'de Bencomo un día,
Y a donde el culto a la región me lleva,
Todo en silencio y soledad yacía;
Cuando 'de súbito en la entrada oscura
Se alzó, poniendo mi valor a prueba,
Hermosa y mayestática figura.
Luenga la barba, grave el continente,
La mirada expresiva, ancha la frente,
De ágiles miembros y épica estatura,
Acusaba su recia contextura
El vigor 'de una raza prepotente.
Miróme, y avanzando lentamente,
Exclamó, con acento de amargura:
«Rey sin vasallos, como un alma en pena
Recorro la comarca que fué mía.
Caudillo de una hueste al dolo ajena,

Su gloria compartí, su muerte lloro,
Y, recordando la marcial escena,
Me parece que siento todavía
Vibrar dentro de mí, claro y sonoro,
El ronco son, la bélica armonía
Del caracol, que el eco repetía
En los campos de «Aguere» y de «Taoro»...
Tremendo el choque fué; quedó la tierra
En sangre de ambos pueblos empapada;
Mas si pienso en la sangre derramada
Una duda a mi espíritu se aferra:
Si es de paz y de amor prenda sagrada,
¿Por qué sin miedo al verla profanada,
Ponen aquellos hijos de la guerra
Una cruz en el puño de la espada?...
¡Ay, Lugo, mi rival afortunado
Me hablaba de riquezas y de honores
Que con pródiga mano me ofrecía;
De convertirme, de adjurar errores,
Dejar las armas y vender mi estado;
Después me amenazó con los horrores
De una guerra implacable. El no sabía
Que los que nacen de la estirpe mía
¡No pueden ser esclavos ni traidores!
¡El Progreso!... ¡La luz!... Venga en buen
(hora,
Si no ha de arrebatarnos los hogares
En donde vimos la primera aurora.

La patria es una roca de los mares
Coronada de bosques seculares,
Pletóricos de savia creadora.
¡Qué bella estaba, oculta en el misterio
Aun del idilio bajo el dulce imperio!
Guardábanla de fiera acometida,
Como se guarda a la mujer querida,
Las dos inmensidades de Natura:
Arriba, el Teide, eterno vigilante,
Y abajo, el rumoroso mar de Atlántide
Que arrullaba sus sueños de ventura...
Salían de sus vírgenes entrañas,
Murmuradores, frescos manantiales,
Discurriendo entre juncos y espadañas,
Y en las grietas de riscos y montañas
Crecían esos dragos colosales
De puntas aguzadas cual puñales,
Prontos a defender nuestras cabañas.
En aire salutífero y sereno
Bañábase de gozo estremecida,
Y árboles, frutos, su fecundo seno
Brotaba sin cesar, que estaba lleno
De misteriosa gestación de vida.
Era una bendición el campo ameno;
Una orgía de aromas y colores,
Una explosión de luz, notas y flores,
¡La tierra en paraíso convertida!
Madre común, de gérmenes henchida,

Siempre nos dió como alimento sano
La rubia harina de tostado grano
Y el zumo de mocán como bebida.
Presidía las magnas asambleas
la ancianidad en los consejos ducha;
Y los mozos, tras rústicas tareas,
Ensayaban sus fuerzas giganteas
En el noble ejercicio de la lucha.
¡Sanas costumbres, tiempos patriarcales,
Fiestas de goces puros!... Como un sueño
Todo pasó. De cuadro tan risueño
Ni siquiera quedaron las señales.
¡El Progreso!... ¡La luz!... Siempre esté grito
La humanidad enardecida lanza,
Y cuanto, más en su carrera avanza
Siente más sed, ¡la sed de lo infinito!
La dicha mora en un rincón del mundo;
No es la felicidad la humana ciencia;
Sólo estriba en la paz de la conciencia...
Ser bueno vale más que ser profundo.
¿Y en qué parte del orbe lograría
Satisfacer su aspiración el alma
Como aquí, donde todo es poesía,
Soledad, placidez, dulzura y calma?...
No faltan en la tierra que fué mía
Y ganaron las armas españolas,
Apacibles, recónditos lugares
Do se escuchan, mezclándose a porfía,

El susurro del viento en los pinares
Y el rumor en las playas, de las olas.
Allí teje la selva enmarañada
Su inextricable red de gibalbera;
Impenetrable a trechos, y cerrada
Al ruido mundanal, como si fuera
El asilo de alguna «harimaguada».
Y el templo es donde la sombra impera
Y lo grandioso al corazón domina.
¡Cómo vibra al llegar la Primavera,
Organo de una música divina!...
¡Y cómo en vez de incienso, por doquiera
Despide de su verde cabellera
El acre y sano olor de la resina!
Nudosos troncos, firmes, altaneros,
Se mofan de los siglos; sus raíces
De tal modo prendieron en la tierra,
Buscando de la vida los veneros,
Que testigos de tiempos más felices,
Y con las tempestades siempre en guerra,
Se yerguen en el llano y en la sierra
Llenos de venerables cicatrices.
¡Hayas, tilos, viñátigos, laureles,
Arboles de robusta corpulencia,
Gigantes de los nívaros vergeles,
¡También tenían ¡ay! los guanches fieles
Las raíces aquí de su existencia!
¿Por qué causa o razón que no adivino

Convierten, si es el bien nuestro destino,
En mar de sangre y lágrimas la Historia?
¡El hombre hambriento de fortuna y gloria
Va sembrando la muerte en su camino!
En su carro triunfal, todo lo aplasta
La ambición, esa especie de locura.
¡Cuándo saldrá de la celeste altura
Una voz que le diga: ¡«basta»! ¡«basta»!...
¡Oh, sombras de mis muertos!, ¡Oh, Tin-
(guaro!

¡Oh, Sigoñe, Jaineto y Beneharo!
¿Podré nombrar a todos?... ¡Imposible!
¡Eran tantos, Señor!... ¿Cómo impasible
ves caer a los buenos sin amparo?...
Aun el recuerdo torcedor me acosa
Del trágico momento de mi vida,
Después de la catástrofe espantosa,
Cuando quedó Nivaria al yugo uncida,
¡Sin más delito ¡ay! que ser hermosa!
¡Nivaria! ¡Mi Nivaria! Yo heredero
Del gran «Tinerfe» en tí soy extranjero,
Yo, el Mencey de «Auratápala» vencido,
A extasiarme mirándote he venido.
¡No hay dolor mas cruel según infiero
Que la nostalgia del Edén perdido!
Los bienaventurados en tí moran;
Así lo dicen los que nada ignoran.
Pues bien: ¿no sabes lo que trae el viento?...

¡Es el ay, el gemido, es el lamento
Del alma de los guanches que te lloran!
Surgiste entre estragos y entre horrores
Del fondo inexplorado del abismo.
¡Cómo si eres volcán produces flores!...
¡Si has de vivir cambiando de señores,
Pide al cielo un segundo cataclismo!...
Tu espléndida hermosura ha de perderte,
Te acecha sigilosa la codicia,
Insaciable pasión que mueve al hombre
Y se llama el derecho del más fuerte.
Luché como un león en su caverna
Mientras pudo mi brazo defenderte;
Con mi sangre sellé mi amor bendito;
¡Pero ha quedado el alma que es eterna,
Inmortal como Dios, y necesito
Toda su eternidad para quererte!
Sin cetro, sin corona, despojado
De mi único tesoro que es tu suelo,
Ya no soy sino espectro ensangrentado
Que vuelve a hundirse en el sepulcro helado.
¡Adiós, Nivaria, y que te ampare el cielo!
... ..
Lo que ví, lo que oí, ¿fué desvarío?...
¿Fantasma que engendró la mente loca?...
Por mi cuerpo corrió un escalofrío...
¡Pero es peor reconocer, Dios mío,
Que la verdad brotaba de su boca!

El amor

(Fragmento)

A tu fecunda y creadora llama
todo germina; el corazón humano
con férvidos latidos te proclama.
¡Después de Cristo, que perdona al que ama,
eres tú el absoluto soberano!
Tienes de la pasión el torbellino
y la santa virtud que regenera,
y es tan alto y tan grande tu destino,
que un impulso de amor, de amor divino,
hizo brotar la creación entera!
Y cuando el mundo, donde el bueno gime,
del vicio y del pecado es instrumento,
¡otro impulso de amor, de amor sublime,
del vicio y del pecado lo redime
en la cumbre del Gólgota sangriento!

... ..

¡Amor! ¡Amor!... ¡Inagotable fuente
de placer y emoción!... ¡Germen fecundo,
que hace en las venas como lava hirviente
nuestra sangre correr!... ¡númen potente!
¡Sol de la humanidad! ¡alma del mundo!
¡Quién sabe si al calor de tus reflejos,
el astro de la noche misterioso
besa del mar los líquidos espejos,
y si por verse de su amante lejos
vive el pobre gigante sin reposo!
¡Oh, triunfador del hombre, a quien fascinas!
¡Qué te podrán decir tus detractores!
¡Qué con rabiosos celos asesinas?
Mas las flores también tienen espinas...
Y qué sería el mundo sin las flores!
Tú das al alma el atrevido vuelo
del entusiasmo; místicas escalas
a los que sienten fervoroso celo;
y en busca de su Esposo, sube al cielo
Teresa de Jesús sobre tus alas.
¿Quién de tus glorias el poema ha escrito?...
¿Quién de la vida en la risueña aurora
opuso nunca pecho de granito
a las sacerdotisas de tu rito?...
¡La mujer es la eterna vencedora!
Sobre el lecho de arena del desierto
a tu influjo también ceden las fieras;
para tu culto el orbe es templo abierto;

y siguen de las almas el concierto,
aunque estén separadas, las palmeras.
Tú trastornas imperios y naciones;
riges la voluntad a tu albedrío
y cuentas tus esclavos por legiones;
tú sí puedes decir: ¡«el mundo es mío»!
Con cadenas de flores inmortales
por siempre los espíritus adunas,
y de tu ministerio son señales
el rumor de los cantos maternales,
y el ruido acompasado de las cunas!
¡La humanidad contigo se agiganta;
cuando encendida en el amor más puro
deja lo terrenal, nace la santa
religión, que del polvo nos levanta,
y nos conduce «al inmortal seguro»!
Tú eres más que la clásica quimera
en forma de rapaz ciego y alado,
tú como una perpetua primavera
sobre la superficie de la esfera
la savia de la vida has derramado!
Tú eres la hermosa estrella que han seguido
Petrarca y Dante, genios que a la gloria
con Beatriz y Laura han ascendido;
¡tú flotas sobre el tiempo y el olvido,
y eres la poesía de la historia!
El que presa de sórdido egoísmo
pesar no sabe cuanto en tí se encierra,

no ve, de su ceguera en el abismō,
que una explosión de amor, el patriotismō,
es la virtud más grande de la tierra!
¡ Amor inmenso, pródigo cual Ceres,
que es deber y ternura, fe y anhelo,
que no se sacia en frívolos placeres!
¡ Conjunción en la tierra de los seres!
¡ Atracción de los astros en el Cielo!

Otras poesías

ESPAÑA

¡Santa y heroica Madre, que en la pasada era
Jamás en tus dominios viste ocultar el sol.
Siempre por tí han sentido veneración sincera
Mi corazón canario, mi espíritu español.

Más grande me pareces cubierta así de heridas,
Que beso en un arranque de adoración filial;
Para las almas nobles, las almas bien nacidas,
La patria nunca muere, la patria es inmortal.

Te miran en las artes, que es el mejor tesoro
Que las naciones cultas dejan en pos de sí.
Te sienten en el habla, que es un raudal sonoro,
Te llevan en la sangre que verterán por ti.

Y mientras tanto escucha las voces resonantes
Del himno que te cantan, ceñidos de laurel,
Compuesto en el idioma rotundo de Cervantes.
¡Cervantes! ¿Qué más gloria? ¡Eterna eres por él!

No temas las catástrofes; aunque llegase un día
En que desaparecieras del mapa universal,
El eco de tus glorias jamás se extinguiría:
¡La patria nunca muere, la patria es inmortal!

EL POEMA DE LA PATRIA

Las olas que se encrespan de espumas coronadas,
rompiéndose en las costas con ímpetu feroz,
esas que un día vieron a «Las Afortunadas»
de súbito surgiendo por el volcán lanzadas,
al musical poema también unen su voz.

También, patria querida, son parte de tu historia
las olas que bramando se tienden a tus pies.
De hazañas y leyendas nos traen la memoria.
¡Y hasta el color perdieron para tu eterna gloria,
teñidas con la sangre del Almirante inglés!

Ciñendo están la tierra de niveos encajes,
la tierra más hermosa, de fama universal,

de ubérrimas entrañas, de espléndidos paisajes,
a quien perpetuamente tributan homenajes
tritones y nereidas en grutas de coral.

En vértigo incesante, en raudó torbellino,
las ondas oceánicas, presas de un frenesí,
indómitas, rebeldes, ciegas como el destino,
se hacen, se deshacen, se agitan de continuo,
se juntan y separan, y chocan entre sí.

Y de ese hervor sublime que el ánimo enagena,
salen como del seno del bosque secular,
desde el murmullo lánguido que levemente suena,
hasta el clamor salvaje que los espacios llena;
ecos de la profunda palpitación del mar...

LA LAGUNA

(Después de la estación veraniega)

Ya La Laguna, triste y solitaria,
vuelve a su natural recogimiento,
a ser la típica ciudad canaria
donde se reconcentra el pensamiento.

Florón el más antiguo de Nivaria,
en un valle fecundo tiene asiento;
allí crecen el pino y la araucaria,
que son las lirás rústicas del viento.

Sólo el gremio escolar que se declara
amante del bullicio y la alegría,
le presta animación con su algazara.

O se escucha la mística armonía
del órgano, al pasar por "Santa Clara"
en la tarde otoñal, lluviosa y fría.

EL ATLANTICO

Ahí estás, rumoroso y palpitante;
cautivo en playas de menuda arena.
Trenzando con espumas tu melena,
el beso aguardas de la Luna amante.

Ya vendrá, y en tu seno de gigante,
tal vez celosa de gentil sirena,
allá en la noche plácida y serena
reflejará su cándido semblante.

¡Atracción de las cosas!... Pero en
[vano
por subir hasta ella, turbulento,
tus roncadas olas sin cesar agitas;

Así también ¡oh Mar! el pensamiento
vive en la cárcel del cerebro humano
con la sed de sus ansias infinitas!

LAS FOLIAS

Música original la de mis lares,
pues conmueven el alma del patriota,
desde la «isa», hermana de la jota,
hasta el viento que zumba en los pinares.

¡Oh, las folias!... Tienen sus cantares
un recuerdo de amor en cada nota;
pero hay algo también que a veces brota
del undívago seno de los mares.

Allá, en las noches plácidas, serenas,
cuando flota el misterio en el ambiente
y reposa el Atlante en las arenas,

más que el oído, el corazón lo siente:
es la voz, es la voz de las sirenas,
que cantan a la isla eternamente!...

COMO Y DONDE QUIERO MORIR

Quiero morir en paz con mi conciencia,
Sin haber en el vicio encenagado
El apellido humilde, pero honrado,
Que recibí como sagrada herencia.

Cuando se cumpla la mortal sentencia,
Quiero estar de los míos rodeado,
Valeroso y sereno, cual soldado
Que luchó por el Arte y por la Ciencia.

Quiero morir en el edén de España,
Que si no la riqueza y la fortuna,
Le debo el dulce ambiente que me baña,

Y que arrullen mi sueño en La Laguna,
Los pinos que coronan la montaña
Y el mar de Atlante que meció mi cuna.

LOS PERSONAJES DE GALDOS

Cuando expiró el maestro, asombro de la gente,
por ser el prototipo del genio y la constancia,
yo sé que penetraron en la mortuoria estancia
todos los personajes que concibió su mente.

El lecho rodearon cubriéndolo de flores
—piadosa y delicada señal de sentimiento—
y no se oyó una queja, ni un grito, ni un lamento,
que sólo tienen llanto del alma los dolores.

«Fortunata» y «Jacinta» cogidas de la mano
el coro presidían de la nocturna vela,
y próxima a este grupo, tan bello como humano

de las protagonistas de la inmortal novela,
sin apartar los ojos del venerable anciano,
estaba de rodillas la pobre «Marianela»...

CALVARIO

¡Oh, sangre de mi sangre, criatura
cuanto más buena, más infortunada,
yo quiero hacer tu cruz menos pesada
y el cáliz endulzar de tu amargura.

Si como creo en la celeste altura
encuentra la virtud digna morada,
por el martirio ya santificada
tendrás allí compensación segura.

¡Sacerdotisa del dolor, modelo
de abnegación, piedad y fortaleza,
que no gozas de paz ni de consuelo;

con qué esplendor y mística pureza
transfigurada, brillará en el cielo
entre nubes de gloria tu belleza!

PREDESTINACION

Para morir hermoso es
preciso morir joven.

Lamartine,

Bajo un dolor profundo, eterno y silencioso,
cultivo su recuerdo como una flor sagrada
que riego con mi llanto, ese raudal copioso
que brota de una fuente en mí nunca agotada.

«Preciso es morir joven para morir hermosos».
Mas ¡ay!, de los que siguen en la vital jornada,
viendo caer a seres de porvenir glorioso
que llevan en la frente la luz de la alborada.

¡Designios misteriosos! Cuando ferviente y bueno
había conquistado la ciencia de Galeno
y el premio merecido iba a coger quizá,
en un sublime arranque propio de un alma heroica,
demuestra ante el peligro serenidad estoica,
y muere como Cristo, salvando a los demás!...

A JOSE TABARES BARTLETT

¿Será verdad, poeta esclarecido,
que existe un «más allá» tras ese velo
azul, que los humanos llaman cielo,
donde se encuentra el premio merecido?...

Sólo sé que tus versos me han traído,
¿a qué negarlo?, el único consuelo
en estas horas de profundo duelo,
en que mi corazón está sumido.

Profético, inspirado, tu canora
lira—con que las letras enalteces—
suspira, gime, se lamenta y llora.

La desgracia nos une. ¡Cuántas veces,
¡ay!, hemos apurado como ahora,
el cáliz del dolor hasta las heces!

A JESUCRISTO

(Poesía premiada en los Juegos Florales
de la Orotava)

Trémulo el labio, el corazón henchido
De la fe de mis padres heredada,
Voy a cantar tu nombre bendecido,
Y acercarme a la fuente en que ha bebido
Juan de la Cruz su inspiración sagrada,

Una efusión del alma, un sentimiento
Que en lo más hondo de mi sér palpita,
Presta a mi musa sonoro acento,
Que llega a Tí como oración bendita
En las alas de luz del pensamiento†

¡Señor!... ¡Señor!... Yo sé que es ruido vano
El mundanal aplauso, humo la gloria,
Polvo el laurel que ciñe el hombre ufano
En sueños de ambición, hábil gusano
Que ya tejiendo el hilo de la historia...

Sé que abarcar no puedo tu grandeza,
Ni sujetar a métrica medida
El himno de magnífica belleza
Que entona en tu loor, Naturaleza,
Con notas de su gama no aprendida.

¿Quién osa altivo remontar el vuelo
Hasta la excelsa cumbre en donde moras?
¡Cuánto más alto les parezca el cielo,
Mas deben, llenas de ferviente anhelo,
Prosternarse las almas pecadoras!

Mas ¿cómo sofocar la ardiente pira
Que el espíritu abrasa?... Crece y cunde
Su fuego creador, la mente inspira,
Y vibrando en las cuerdas de la lira
Rápido por las venas se difunde!

¡Cantad!... No tiene el Arte otro destino,
Si no quiere yacer en la impotencia
Y recorrer a ciegas su camino,
Que ascender de lo humano a lo divino
En la escala ideal de la creencia!

Culto, Señor, te rinden desde el día
En que la luz hiriendo los profundos
Senos del caos, trajo la armonía;
¡La música acordada de los mundos
Que arrobado Pitágoras sentía!

¡Tú eres Dios!... De tu aliento soberano
¡Cuánta señal el universo encierra!...
Y basta un sólo signo de tu mano
Si quieres agotar el Océano,
o sus aguas volar sobre la tierra.

Tú eres Dios'... La conciencia te proclama:
El corazón con su amoroso grito
Ardiendo en ansias sin cesar te llama;
¡Esta sed insaciable del que ama,
Es la revelación de lo Infinito!

Tú eres el Mártir que con sangre crea
Y de espinas punzantes se corona;
El humilde Jesús de Galilea;
El que en el Sinaí relampaguea,
Y en la cumbre del Gólgota perdona!

La piedad para todos, la ternura
Inagotable, el único consuelo
De la desventurada criatura,
Que tiene aquí su cáliz de amargura,
Por que sólo el dolor conduce al Cielo!

En las viejas Capillas, sacros nidos
De dulce paz y devoción sincera,
En los altares por la fe erigidos,
Estás con los dos brazos extendidos
Para abrazar la humanidad entera!

Lívido, yerto, de la cruz pendiente,
Abierta en el costado la honda herida,
Doblada al peso del dolor la frente,
Te muestras como víctima inocente
A los tristes vencidos de la vida!

En medio de esta crisis pavorosa,
En que la sociedad desalentada
Camina envuelta en noche tenebrosa,
Llevando como sierpe venenosa
La duda al corazón siempre enroscada;

¡Ay! En este hervidero de pasiones,
De implacable rencor, de odios eternos,
De vicios, liviandades y ambiciones,
En que bullen y triunfan los histriones
Y sucumben los Sócrates modernos;

Los que entre tanta culpa y error tanto
Sienten del bien la inspiración divina,
No ven, heridos de mortal quebranto,
Otro refugio que el madero santo
En que sellaste tu inmortal doctrina!

De allí brotan acentos paternales
Que acallan el fragor de la pelea:
—¡«Valor, no son eternos vuestros males;
Arriba, en las alturas celestiales,
El sol de la Justicia centellea!

Así también cuando en la edad pasada
Los imperiales Césares se alzaron
A dominar la Tierra amedrentada.
Y de cristianos la infeliz manada
En el Circo a las fieras arrojaron;

Cuando Nerón la púrpura vestía
Y los instintos de la plebe inquieta
Con «panem et circenses» divertía,
Y frente a Roma, que cual Troya ardía,
Cantaba sus delirios de poeta;

Cuando el anfiteatro retemblaba
Cediendo bajo tanta pesadumbre,
Y el vaho de la sangre trastornaba,
Y el rugir de los tigres se mezclaba
Al rumor de la loca muchedumbre;

Indiferente a la espantosa escena,
Escuchaba tu voz que manda al trueno
Hermosa virgen, débil azucena,
Que impávida avanzaba por la arena,
La túnica ceñida al casto seno!

Todo pasó: los juegos inhumanos,
El poder de las águilas latinas,
Las fiestas de los ídolos romanos,
Y quedan, para ejemplo de tiranos,
La Cruz en pie y el Coliseo en ruinas!

El satánico orgullo del protervo
El rayo nada más o el hierro doma;
Pronto de la virtud el llanto acerbo,
Vengó en el déspota el puñal del siervo,
La espada de los bárbaros en Roma!

Todo pasó. Los dioses han caído,
Como semilla de vigor fecundo
Tu ley en las conciencias ha prendido...
¡Siendo tan vasto el mundo conocido,
Es ya para tu grey estrecho el mundo!

¡Señor, miro tu obra consumada,
Y al meditar en ella solitario
Mi razón se confunde y anonada!...
Qué es más grande: ¿sacarnos de la nada,
O redimirnos luego en el Calvario?...

A tu infinito amor no era bastante
En las playas tender al mar sonoro
Que fiero brama o gime sollozante,
Y suspender como un rubí gigante
En la bóveda azul un sol de oro.

Y bajaste a sufrir... ¡Qué bien advierte
Tu cruento martirio de Judea,
Que no hay conquista duradera y fuerte
Que no tenga raíces en la muerte,
Ese Tabor sublime de la idea!

¡Aún padecerás!... Viendo al impío
Sordo a tu queja, ingrato a tus favores,
Como una estatua incompatibile y frío,
Seguirás en el cielo, Padre mío,
Apurando la hiel de los dolores!

¿Quién te niega, Señor?... Atomo leve,
Sombra que desaparece apenas nace,
¿Pues qué es la vida sino un sueño breve?...
¡Y en su soberbia contra Tí se atreve!...
«¡Perdónalo, no sabe lo que hace!»...

No va tras un fantástico espejismo
El alma del creyente que te implora;
Tú existes. Tú no engañas... Luzbel mismo
Si se acuerda del cielo, también llora.
En las negras entrañas del abismo!

¡Providencia del mundo, no, no has muerto!
En la ascensión al Ideal, tú eres
Quien traza con el dedo rumbo cierto
De la existencia humana en el desierto
A la gran caravana de los seres!

Brillan los soles, y en la limpia esfera
Giran sobre sus ejes de diamante,
Desplegando la roja cabellera;
Lanzados en elíptica carrera
Ceden de la atracción al lazo amante.

Y obedeciendo a fuerzas prodigiosas
Que no puede medir la fantasía
Y presiden la vida de las cosas,
Millones más allá de Nebulosas
Pueblan de mundos la región vacía!

¡Qué espectáculo ¡oh, Dios!... ¡Qué inenarra-
[bles

Maravillas, que el ánimo suspenden!...
¡Qué pruebas de tu Ser incontrastables!...
¡Cuánta magnificencia!... ¡Qué inefables
Misterios que los hombres no comprenden!...

De tu pasión escribes el poema,
Y con la carga del pecado ajeno,
En un arranque de bondad suprema,
Tú, que tienes los astros por diadema,
Te abrazas a la cruz del Nazareno!

Guerreros mil de cascos deslumbrantes
Que la oprimida tierra ha soportado,
Reyes que casi dioses fueron antes,
Sobre un montón de miembros palpitantes
Sus efímeras glorias han fundado.

Mas tú, bendito Dios, manso cordero,
¡Deja que el llanto a mi mejilla afluya
Recordando tu trance postrimero!
No tuviste más armas que un madero,
Ni vertiste más sangre que la tuya!

¡Ah! No merece el hombre que se vierta,
Y cuando el último suspiro exhalas,
Sólo la pobre golondrina acierta,
Y limpia con las plumas de sus alas
Tu sien de sangre y de sudor cubierta!

¡Señor, no puedo más... No soy de roca...
Ante el trágico horror del sacrificio
Se hielan las palabras en mi boca:
¡Ten en cuenta el dolor que aquí me toca,
Cuando me llames a tu santo juicio!...

NO HAY TIERRA COMO LA MIA

Desde el Echeide vigía,
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía...
No hay tierra como la mía,
Ni raza como mi raza!

Es tan grande la ambición
Que su hermosura despierta,
Que en cada palpitación
Parece que el corazón
Nos está diciendo: «¡alerta!»

Atilas que no reprimen
Su sed de estragos y muertes,
A la humanidad oprimen;
¡Que están los pueblos más fuertes
Educados en el crimen!

Al pensar con cuanto anhelo
Tijan sus ojos en ella,
Me hiere mortal recelo,
Y digo mirando al cielo:
¿Por qué mi patria es tan bella?...

¿No oís cómo el oleaje,
Que se estrella en la rompiente
Con indómito coraje,
Le canta el himno salvaje
De su amor eternamente?...

Si en la noche tormentosa
Se le escucha rebramar,
Es que está la mar celosa;
¡Qué celos tiene hasta el mar
Cuando la tierra es hermosa!

Si cual un lago dormido,
Sobre las playas tendido
En espumas se deshace,
Es que satisfecho yace
viéndose correspondido!

¡Mónstruo, guardián de una perla,
Si según sabes amarla
Vas a saber defenderla,
Suya no podrán hacerla
Los que vengan a robarla!

¡Aquieta tu movimiento,
Tus fieras iras oculta,
Finge como tigre hambriento,
Y cuando llegue el momento
Ruge, devora y sepulta!...

Sólo en tu poder confío
Y en la celeste justicia;
Apréstate al desafío,
¡Bien cabe en tu centro frío
Toda la humana codicia!

¡Ojalá sean sueños vanos
De espíritus no serenos
Esos peligros cercanos!...
Mientras existan tiranos,
¿Quién no le teme a los «Brenos»? 4

Algo cunde en el ambiente,
Rumor que ya cuerpo toma;
Aún hay, la historia no mienta,
Bárbaros en Occidente
Como en los tiempos de Roma.

¡Ay de mis Islas! que van
A ser botín de la guerra.
Si amenazadas están,
¡Para qué quiere el volcán
La hirviente lava que encierra!

¡Dejadnos en la llanura
Del Océano profundo!...
¿No es hoy la mayor ventura
Vivir lejos del gran mundo
Donde todo es impostura?...

No queremos más tesoro
Que la dulce soledad,
Y fuera inútil desdoro
Vender nuestra libertad
Por unos grillos de oro!

¡Ay! cuanto más la sospecha
En el corazón se clava
A modo de aguda flecha,
Más hondas raíces echa
Este amor que nunca acaba!

¡Pasad, ideas crueles
De duda y de incertidumbre,
Y sigan mis peñas fieles
En la paz de sus vergeles
Bebiendo del Sol la lumbrè!

¡Qué verdor! ¡Qué exuberancia!
No tuvo más enèrgías
La creación en su infancia.
En las flores ¡qué fragancia!
En los aires ¡qué armonías!

¡Qué barrancos pedrêgoşos
Donde el viento zumba y gime!...
¡Qué sitios tan deleitosos!...
¡Qué guanches tan generosos!...
¡Qué «Guajara» tan sublimê!...

Desde la sierra bravía
Hasta el mar que nos abraza,
Todo es luz y poesía...
¡No hay tierra como la mía,
Ni raza como mi raza!

Diciembre, 1900.

CANTARES DE UN AUSENTE

Para matar la nostalgia
Me pongo a tocar la «isa»,
A bailar el «tajarastè»,
O a cantar unas «folías».

Estás tan dentro de mí,
Que esto sólo hacer consigo:
De día, pensar en tí,
De noche, soñar contigo.

No me quejo de la suerte
Que el dinero me negó,
Porque una pobreza honrada
Es la riqueza mayor.

¡ Carretera de «Tejina»,
Caminito de «San Diego»,
Desde aquí os estoy mirando
Con la lente del recuerdo!

El quē quisiera saber
Si en Canarias hay fervor,
Que vaya todos los años
A la «Entrada del Señor».

¡Válgame Dios, qué agonía!
Siempre esperando al carterō,
A ver si me trae nuevas
De los seres que más quiero!

Para los que bien se quieren
No se ha hecho la distancia;
¡Cuánto más lejos, más cerca
Están tu alma y mi alma!...

Cuando me ví sobre el mar,
En la borda me apoyé,
Y tanto y tanto lloré,
Que ya no puedo llorar!

¡Ay, corazón, corazón!
¡Cómo vas a resistir
Estas ansias de volver
A la tierra en que nací!

En un baile del «Casino»
Mirando tanta beldad,

Las camelias se decían:
«Estamos aquí de más».

¿Cómo quieren que un canario
Viva en las nieblas del Norte,
Acostumbrado a cantar
En plena luz y entre flores?

Siempre que voy a la playa
Pongo tu nombre en la arena,
Si viene el mar y lo borra,
En mi corazón se queda.

¿Quién pudiera desde el Teide,
A la salida del sol,
Contemplar las siete islas
Perlas de la Creación!

Hay una tierra bendita
Que surgió del mar profundo,
En donde se han dado cita
Todas las flores del mundo.

Tengo esposa, tengo hijos,
Tengo hermanos, ¿para qué?
Si tierra y mar nos separan
¿Y ya no los puedo ver!

¡Quién fuera como el pastor
Que desde que el alba asoma,
Aspira el silvestre aroma
De las retamas en flor!

Todos los «guanches» supieron
Morir por la libertad,
Y ahora sus descendientes
Sólo saben protestar.

Hay «una» que mi alma llena
Y me sigue noche y día;
No tengas celos, morena:
Se llama «Melancolía».

Asturias, Marzo 1908.

Los linkes - p. 27

Cuento al halago p. 31.

Funlobo - p. 323

Los Cuera - - p. 37

El amor - - - p. 42

Cyprina - - - p. 53

El poem de la pake ss. 55

Los Ingues p. 57

El Albenhu p. 59

Los Othas p. 61

Com y donde gen un p. 63

Los pernyes de jalds p. 65

Calvans - - - 66

Pedeshuau - - - 67

T. O abas .. 69

A Lemasto 71

No hay semas con la mar p. 83

Canal de un arroyo p. 91